



Queridas hermanas, la alegría que sólo Jesús puede dar y no nos será quitada, sostenga nuestra vocación.

Hoy, quizás más que nunca, la humanidad está sedienta de esperanza, y la esperanza se refleja en la alegría serena que ilumina nuestro andar, nuestro caminar cotidiano por la vida. Una alegría sin estridencia, pero sentida, apoyada en la confianza y el abandono en las manos del Padre. Una alegría que llama la atención, que despierta curiosidad, que conmueve. El testimonio del cristiano resplandece en la alegría. Cuanto más resplandece esa alegría, en la “locura” (para el mundo de hoy) de la vida consagrada. Si llama la

atención en los jóvenes que algunos decidan vivir consagrados a Dios y a los hermanos, en pobreza, castidad y obediencia, cuanto más le llama la atención que esa entrega sea alegre, que esos hombres y mujeres consagrados sean felices y vivan con gozo aún en las pruebas.

Ciertamente la alegría es un aditivo no secundario en la vida de la persona consagrada. Pero sabemos que esta alegría no viene de nuestras solas fuerzas y empeños. Es una alegría que viene de lo alto. Jesús mismo puede darnos claves para meditar sobre la alegría en relación a la vocación.

Las invito a seguir con atención la lectura de **Lc 10, 21-23**.

A diferencia de **Mt 11, 25-27**, Lucas introduce el suceso manifestando el sentimiento que embarga a Jesús: “se estremeció de gozo”. Nos presenta un Jesús exaltado, espontáneo en la manifestación de su sentir y su afecto. Es como si Jesús hubiera estallado de alegría, de una alegría que no podía contener. No es una alegría común, pasajera, sino que está movida por el Espíritu Santo (**10, 21b**). Para Lucas la alegría que permanece, que da sentido y esperanza, es la que viene de Dios.



Lucas ha hecho, más que otros evangelistas, muy sensible el clima de gozo por la presencia de Dios. Jesús en el seno de María, hace saltar de gozo a su precursor en el seno de Isabel (**1, 41. 44**); la Virgen, a la que la salutación del ángel había invitado a la alegría (**1, 28**: “*khaire*”= *alégrate*), canta con tanto gozo como humildad al Señor que se ha hecho su hijo para salvar a los hombres (**1, 42. 46-55**).

El nacimiento de Jesús es un gran gozo para los ángeles y para el pueblo que él viene a salvar (**2, 10.13; Mt 1,21**). Más adelante Lucas sigue acentuando este gozo cuando afirma que en Jesús está ya presente el reino de Dios (**17, 21**).

La presencia de Jesús no permite que sus discípulos ayunen (**5, 34**); estos tienen la alegría de saber que sus nombres están escritos en el cielo (**10, 20**) porque son del número de los pobres a los que pertenece el Reino (**6, 20**).

Los discípulos tienen razón en alegrarse de los milagros de Jesús que atestiguan su misión (**19, 37 ss**), pero no tienen que poner su alegría en el poder

milagroso que Cristo les comunica (**10, 17**), no es sino un medio destinado a hacer que Dios sea alabado (**13, 17**) y a atraer a los pecadores al salvador, disponiéndolos a acogerlo con alegría y a convertirse (**19, 6.9**). De esta conversión se alegran los discípulos como buenos hermanos (**15, 32**), como se alegra en el cielo el Padre y los ángeles (**15, 7.10.24**), como se alegra el buen Pastor, que con su amor ha salvado a la oveja extraviada (**15, 6**).

Jesús mismo felicita a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran, a los perseguidos (**6, 20-22**) y resalta: “Alégrense y llénense de gozo...” (**6, 23**)

La experiencia de la pasión de Jesús, oscurece de tal manera la esperanza de los discípulos que el gozo de la resurrección les parece increíble (**24,21.41**), cuando Jesús sube al cielo experimentan un gran gozo (**24, 52**). La venida del Espíritu la hace tan comunicativa

¿Consideras que es importante la alegría como testimonio para las nuevas generaciones?

¿Te ha dicho alguien que le llama la atención que te muestres alegre y se te vea feliz siendo consagrada?

¿En qué momentos de tu historia de salvación has experimentado la alegría que viene de Dios?

¿Permanece esta alegría en tí? ¿La contagias a los demás?

¿Tus hermanas, la gente de la parroquia, de los grupos, se sienten alegres, distendidos, serenos con tu presencia?

como inquebrantable (*Hch 2, 41; 5, 41; 4,12; Lc 24, 46ss*).

Y finalmente la comunidad vive en una alegría sencilla (*Hch 2, 46*) y la predicación de la buena nueva es en todas partes fuente de gran alegría (*Hch 8, 8*). El bautismo llena a los creyentes de un gozo que viene del Espíritu (*Hch 13, 52; 8, 39; 13, 48; 16, 34*) y que hace que los apóstoles canten en medio de las pruebas (*16, 23*).

Todo este camino que hemos recorrido siguiendo la “alegría” del evangelio, nos hace caer en la cuenta de que no era extraño ver a Jesús exultar de gozo, y más aún cuando quiere dar a conocer con claridad el designio del Padre y su predilección por los pequeños. Jesús exulta de gozo porque el Padre se revela por Él a los pequeños. La alabanza alegre de Jesús va dirigida al Padre. Jesús exalta la voluntad del Padre. O de otra manera, la voluntad del Padre es la alegría de Jesús. Y más, la alegría de Jesús está en que la voluntad del que todo lo puede, del que es el Señor del cielo y de la tierra, es revelarse a los pequeños, a los que son excluidos por el mundo. La alegría de Jesús está en que el Padre y Él, quieren lo mismo, quieren amar y salvar.



También Jesús nos descubre otra característica de su alegría: su vocación. Jesús expresa que su vocación es justamente revelar al Padre, revelar el amor de Dios a los hombres, es comunicar su gozo, es amar y salvar. Jesús así se identifica con los pequeños. Jesús es el primero entre los hermanos. Jesús se hace pequeño para salvar a los pequeños.

Jesús nos da otra pista todavía, nos dice que son felices los ojos que ven esta revelación, este misterio. Y estos ojos pertenecen a los pequeños. Jesús felicita a los que lo están escuchando, felicita a los que lo están viendo, felicita a los que están abiertos y se dejan amar y salvar por Dios.

Recopilando lo que Jesús nos enseña de la alegría, podemos ver tres puntos sobre los que se asienta la alegría que viene de Dios y que estamos llamados a experimentar, a

portar, a vivir y a contagiar.

-La voluntad del Padre

Mi alegría cotidiana tiene que ser la voluntad del Padre. Mi esperanza tiene que ser buscar lo que el Padre quiere de mí a cada momento. Esto significa discernir, revisar el camino y sobre todo preguntarle: ¿qué quieres de mí hoy? ¿qué harías en mi lugar en esta situación?. Dejar que se haga la voluntad del Padre es fuente de exultante alegría. “Hágase en mí como has dicho” (*Lc. 1, 38*). Si yo no tengo un diálogo asiduo y simple con el Padre acerca de sus asuntos, acerca de su voluntad, acerca de lo que desea en su corazón, ¿podré estar alegre? ¿será mi alegría permanente y serena?

-La propia vocación y misión dada por el Padre

El sentido de mi vocación está en la misión que el Padre me ha regalado para llevar a cabo en esta vida. Y esta misión es la de Jesús, revelar, mostrar el amor y la salvación de Dios. Seremos testigos de grandes cosas, de la obra de Dios en la humanidad, y todo esto es fuente de alegría, una alegría y una energía que no se agota. Pero no podremos gozarla si no nos hacemos pequeños en medio de los pequeños. Se trata de dar vida. Si no busco revelar en mi vida el amor y la salvación de Dios; si no doy testimonio del amor y la salvación que experimenté en mi vida gratuitamente, ¿podré vivir con alegría mi vocación? ¿daré testimonio gozoso? ¿daré vida?

-La felicitación del Padre

¡Qué novedosa y esperanzadora perspectiva que nos da Jesús al felicitarnos por lo que vemos! ¡Cuanta alegría cultivaremos en nuestro corazón y en el de los demás, si miramos nuestra vida cotidiana con esta perspectiva, felicitados por el Señor! ¡Cómo sería rico nuestro examen de conciencia si primero escucháramos la felicitación de nuestro Padre por el bien que hicimos, por nuestras entregas, por nuestras palabras, por todo lo que vivimos en el día abandonados en sus manos! ¡Qué hermoso experimentar el gozo de Dios por nosotros, por nuestros pequeños logros, por nuestras pequeñas conversiones, por nuestros pequeños actos de amor y confianza! Experimentar la alegría del Padre al felicitarnos. Hacer viva la felicitación del Padre en nuestra cotidianidad. ¡Cuánta alegría en nuestro corazón!

¿Dónde se apoya tu alegría de seguir a Jesús?

¿Descubres y renuevas tu alegría de hija de Dios, experimentando cada día la felicitación y el estímulo del Padre? ¿Tomaste conciencia de cómo Dios se goza en ti?

Que el Dios de la alegría, nos llene de gozo, para que podamos ser para las nuevas generaciones signo incuestionable de la felicitación y el estímulo del Padre, que nos ama y nos salva en Jesús.